
Discurso de bienvenida a Luis González y González

Por el doctor Wigberto Jiménez Moreno

Conozco al nuevo académico –cuyo “esquema de la microhistoria” acabamos de escuchar– desde hace más de 25 años; me liga con él afectuosa amistad. Sé que sus méritos son tantos para ocupar el sillón vacante por la desaparición del doctor Francisco de la Maza –no sólo historiador del arte, sino microhistoriador también– que justamente por ellos nuestra Academia lo cuenta ya entre sus miembros y le da, por mi conducto, la más cordial bienvenida.

Nacido en San José de Gracia, Michoacán –al sur del lago de Chapala, y suroeste de Cojumatlán–, es hijo de don Luis González Cárdenas, de 92 años, y de doña Josefina de los mismos apellidos, de 86, y nieto, por aquél, de don Gregorio González Pulido, no menos longevo, pues, advenido en 1850, vivía aún en 1938, al celebrarse el cincuentenario de la fundación de ese poblado. Entre abuelo y nieto hubo gran parecido físico y también en el carácter –bromistas uno y otro– lo mismo que en el espíritu andariego e inquisitivo y en el sentido religioso (aunque en el vástago asoma un discreto escepticismo). Vio la luz el 11 de octubre de 1925 y aún no contaba un año cuando al mediar el de 1926 –el mismo en que ocurrió gran inundación en mi natal ciudad de León– las lluvias fueron tan abundantes, que se “rompieron los diques de defensa en la Ciénega de Chapala”. Un año más tarde, sólo días antes de que Luis cumpliera los dos de edad, fue brutalmente incendiado su pueblo de origen, en castigo de que, tres meses hacía, había surgido en él un movimiento cristero que organizó su tío, el padre Federico

González, quien más tarde, desde 1937 hasta su muerte, a los 80 años, en 1969, realizó una acción benemérita para el progreso de San José, en amistosa colaboración con el gobierno del Estado y del país. Al incendiarlo, se ordenó que sus habitantes lo abandonaran, exiliándose a México, Jiquilpan, Ocotlán o Guadalajara. Por ello la familia González Cárdenas y sus hijos fueron a vivir en la última ciudad mencionada y Luis no regresó a su patria chica sino hasta poco después de los “Arreglos” del conflicto religioso, convenidos en junio de 1929, poco antes de cumplir cuatro años.

Muy pronto aprendió a leer y escribir –recibida de sus familiares la primera instrucción–, y cursó luego su primaria que terminó en 1938, trasladándose nuevamente, cerca ya de los trece, a la gentil Guadalajara pregallense. Previamente fue testigo de la recuperación que lograba su “matria” pues –nos dice en *Pueblo en vilo*– “la destrucción fue una especie de poda. De no haber dejado ni personas ni casas en 1927 [...] se pasó en año y medio a una población de 1600 personas [...] repartidas en 200 escombros en proceso de reconstrucción”. Por 1930 “la natalidad [...] sube a un nivel del 44 por millar al año”. Las parejas recobran desenfrenadamente lo perdido en la trifulca. Mas esto sucede dentro de un marco de zozobra, ya que desde el año anterior principió intensa agitación en torno al agrarismo y en 1935 y 1936 se registró el mayor índice de homicidios, al punto de que “casi cada mes el vecindario del pueblo vio llegar al portal norte de la Plaza, el cadáver de una nueva víctima”. De ello fue testigo, quizá, nuestro joven académico, pero lo fue también de ciertos progresos técnicos: la llegada del primer automóvil; el cine, establecido en 1933 y el advenimiento del telégrafo en 1935. Su tío, el padre Federico González, había regresado en 1937 y por gestión suya fue nuestro amigo a estudiar, desde septiembre de 1938, en el Instituto de Ciencias, que los jesuitas impulsan en Guadalajara, su secundaria y preparatoria que terminó en el verano de 1943. Conoció allí al doctor Felipe Pardinas y como profesor de Historia de México, en el segundo de secundaria, a don José Ramírez Flores, y desde el tercero y durante la preparatoria, recibió cursos

de esa materia y de Historia Universal, del padre José Bravo Ugarte, destacado miembro desaparecido de esta Academia. En febrero de 1942 celebróse allá —conmemorando el IV Centenario del asentamiento en el Valle de Atemájac— el V Congreso Mexicano de Historia que indudablemente inyectó mayor interés en su Historia Regional a la pequeña pero ilustre galaxia de historiadores jaliscienses, encabezada por nuestro compañero José Cornejo Franco. Por entonces, vuelto de Roma el padre Luis Medina Ascensio, organizó una Sociedad de Estudios Históricos —con la que Luis colaboró— e inició la publicación, en 1943, de una excelente revista de rubro análogo. Fue en dicha Sociedad, donde recibió lecciones de Metodología Histórica, en 1945, impartidas por Ramírez Flores y Medina Ascensio.

Desde septiembre de 1943, había iniciado estudios de abogado en la Universidad Autónoma de Guadalajara, pero tuvo que hacer un paréntesis, para cumplir con el servicio militar obligatorio, viniendo a la capital de México desde el principio de 1944 y permaneciendo aquí hasta el fin de ese año en que volvió a la de Jalisco. Durante su estancia acá, impartió un curso de Historia de México en el Segundo Regimiento de Artillería. Había llegado, pues, a esta metrópoli cumplidos sus 18 años, cuando ocurrían en ella notables cambios y le habrán quedado recuerdos que ameritarían, acaso, ser evocados. Tornado ya a la Perla de Occidente, reanudó sus estudios de Leyes en 1945, pero no terminó el segundo año de la carrera, porque, estando al frente del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México el doctor Silvio Zavala, ofreció a la Institución en que se preparaba Luis, becas para venir y estudiar en dicho Centro, al que ingresó el 10 de abril de 1946, aprobando 34 cursos y efectuando los trabajos de investigación requeridos, durante los años de 1946 y 1949. Estuvo por entonces, bajo la égida de Zavala y para una clase que él impartía, escribió, en 1946, *El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México*, que no se publicó sino hasta 1948. No fue éste el primer trabajo que dio a luz, pues ya antes había dado a conocer una “Historia de las Posadas de

Navidad;’ en la revista *Tribuna* de Guadalajara, cuando estudiaba allá la preparatoria que, como hemos visto, terminó en 1943, y por aquellos años en que colaboraba con Ramírez Flores y Medina Ascensio en la Sociedad fundada por éste, escribió su primer trabajo –hasta ahora inédito– de historia local tapatía. Entre otros profesores suyos en el Centro, tuvo como tales al doctor José Miranda, que presentaba un panorama de la Historia Colonial del siglo XVIII y al doctor José Gaos que se ocupaba de la Historia de las Ideas durante el mismo siglo. En 1947 fue maestro suyo mi extraordinario discípulo Roberto Barlow y parece que en el mismo año participó con otros alumnos de El Colegio en una excursión a Tula que me fue encomendada. En 1948 y 1949 viajó, como complemento del primer y segundo curso de Historia del Arte en México que impartía don Manuel Toussaint, a los bajíos moreliano, guanajuatense y queretano en el primer año y a Puebla y Oaxaca en el segundo. Concluidos sus estudios, y siendo ya pasante, empezó a trabajar como investigador, desde 1950, en El Colegio de México y en esa fecha fue alumno oyente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en las cátedras de Historia de la Historiografía del doctor Edmundo O’Gorman y Filosofía de la Historia del doctor Leopoldo Zea. En diciembre de 1950 participó en el memorable Congreso de Historia celebrado en Guanajuato y León.

Como Zavala se había percatado de que su discípulo era ya –a pesar de su juventud– un historiador maduro, como lo mostraba su extenso y brillante artículo sobre “El optimismo nacionalista” publicado en 1948 y su amplio y atinado análisis sobre “Fray Jerónimo de Mendieta, pensador político e historiador”, aparecido al fin de 1949, y también un pequeño esbozo acerca de “Lo mágico en la vida doméstica del siglo XVIII” que presentó en el Congreso Científico Mexicano de 1951, procuró ponerlo en contacto con los más ameritados maestros franceses de la historia y la sociología, y obtuvo que, patrocinado por El Colegio de México y por el gobierno francés, fuera a París –donde residió de octubre de 1951 a mayo de 1952– para llevar clases en la Sorbona y realizar investigaciones en

bibliotecas y archivos. Contó entre sus maestros a Bataillon, Braudel y Marrou, al sociólogo Gurvitch y a MerleauPonty que impartía un curso acerca de “El conocimiento del prójimo” –asunto tan grato– a González y González, como lo transparenta su conversación y se comprueba en *Pueblo en vilo, o Historia universal de San José de Gracia*, como habrá de intitularse la traducción francesa. Estuvo, además, en relación frecuente con Robert Ricard. Así pues, a sus 26 años entraba en contacto con uno de los mejores centros europeos para la forja de historiadores y recibía –pasante aún y todavía soltero– el fuerte influjo de la cultura y las costumbres parisinas. Apenas terminaba esa experiencia cuando –entre octubre de 1952 y febrero del siguiente año– visitó archivos, bibliotecas y museos en España, auspiciado también por El Colegio, pues su presidente, don Alfonso Reyes, le dijo que “no puede un mexicano dispensarse de conocer casi toda España”. Ya en México había conocido a Jaime Delgado, quien le facilitó el acceso a algunos institutos de investigación y además viajó encarnizadamente con un boleto que le permitía recorrer hasta 10,000 kilómetros.

Regresado a México, en febrero de 1953, Zavala deseaba tenerlo como investigador en el Museo Nacional de Historia que dirigió hasta ese año en que hube de relevarlo, pero Luis se incorporó al equipo que, bajo don Daniel Cosío Villegas, elaboraba la monumental Historia Moderna de México, porque un mes antes –ignorando los propósitos de don Silvio– había aceptado una invitación que, para atraparlo –por sus evidentes méritos– le dirigió, persuasivo, don Daniel. Con él trabajó hasta 1956 para el volumen de Historia Social de la República Restaurada, y después en otras empresas, congeniando ambos hasta afianzar una inquebrantada y estrecha amistad. ¿Pueden, acaso, separarse las trayectorias de Mentor y Telémaco durante las dos últimas décadas?

Luis González y González siempre agradeció a Zavala la formación que le deparó y como testimonio, en su libro de homenaje, aparecido en ese año en que se apartó de su égida, publicó su estudio “Sobre la integración de la nacionalidad mexicana”, pleno

de atisbos valiosos. Agradecidamente recuerda al finado don José Miranda, guía en sus incursiones al ramo de Inquisición de nuestro Archivo General, de donde obtuvo los curiosos datos de su pequeño esbozo acerca de “Lo mágico en la vida doméstica del siglo XVIII” que se transformó en su excelente artículo –“El Siglo Mágico”– impreso antes que aquél, en 1952. Es, sin embargo, con Cosío Villegas con quien ha colaborado, desde 1953, más permanentemente, y uno de los estudios más amenos de la caudalosa Historia Moderna de México –y hay algunos allí, que no se dejan leer fácilmente– es el que le sirvió de tesis para obtener el grado de maestro en Historia en examen del 31 de julio de 1956 –en que pertenecí al Jurado– bajo el rubro de “La tierra y el indio en la República Restaurada”. Es trabajo excelente por el que merecía un doctorado, más que una maestría. Divídese en dos partes: “El hombre y la tierra” y “El subsuelo indígena”. Aún no cumplía su autor 31 años y ofrecía ya un trabajo que podría servir de modelo para investigaciones análogas. Al elaborar la primera parte, tuvo que hurgar ampliamente en las geografías e historias regionales, de modo que allí puede señalarse el comienzo de una etapa en que se vislumbra ya su entusiasmo apostólico por la microhistoria. La segunda parte atestigua, para el México indígena, un gran interés que acaso tuvo sus raíces en las tempranas enseñanzas recibidas de Ramírez Flores, en la secundaria de Guadalajara y posteriormente en las de Barlow, para cuya clase de “Historia antigua de México” escribió, en 1947, un estudio, aún inédito, sobre “Xochimilco prehispánico”. Tanto el uno como el otro de estos maestros han sido microhistoriadores. Anotemos, como paréntesis, que tampoco ha visto la luz su investigación “El gremio de arquitectos de la Nueva España”, realizada para el curso que en El Colegio impartió don Manuel Toussaint en 1949, quien –autor de libros como *Tasco y Pátzcuaro* cultivó, asimismo, la microhistoria. Pues bien, a la altura de su trabajo de tesis, Luis alcanza pleno dominio de su oficio y ha creado ya su estilo literario, espontáneo y ameno, con incidencias de un leve humorismo, al principio casi imperceptible, pero que se ha venido acentuan-

do cada vez más, aunque hasta ahora sin caer en desequilibrio. Por reacción adversa a un estilo solemne, oratorio, o aburridamente serio, se ha inclinado a veces al otro extremo, pero deteniéndose a tiempo, sin dar un mal paso, pues no camina nunca de lo popular y regocijado a lo chocarrero y burdo, y pruebas de esto, abundan en su magistral *Pueblo en vilo*, que estaba en la forja durante su año sabático de 1967 y vio la luz en el siguiente, quedando como el más acabado modelo de investigación, reconstrucción y creación literaria en el ámbito mexicano de la microhistoria.

Entre 1953 en que acomete la elaboración de su tesis “La tierra y el indio en la República Restaurada” y 1968 en que sale a la pública crítica su “Historia universal de San José de Gracia”, han transcurrido 15 años, que van de poco antes de sus 28 hasta sus 43. Una vez señalados los hitos decisivos hasta trasponer la treintena —en que para una generación acelerada y precozmente madura termina la “chaviza” y empieza la “momiza”— no hay necesidad de mencionar con igual pormenor los constantes avances, hasta alcanzar este honroso sitial, de nuestro más nuevo —aunque no más joven— académico. El más joven —nacido cuatro meses después que don Luis González y González—, es el doctor Miguel León Portilla, de quien hace años hice una semblanza, porque se me pidió que lo presentara al ingresar al Instituto Mexicano de Cultura, y empecé por asegurar que era él quien debía presentarme a mí, pues era ya para entonces, por sus méritos y sus bien ganados triunfos, más conocido para los jóvenes. Y porque este discurso de bienvenida tiene un carácter parecido al de una presentación —tan innecesaria en este caso como en aquél al que acabo de aludir— recordaré que don Daniel Cosío Villegas, habiéndosele pedido que presentara al autor de *La tierra donde estamos*, al aparecer ese libro en 1971, dijo —como implícito homenaje a sus méritos— que

las cosas se van poniendo de tal manera que no descarto la posibilidad de que el día de mañana acuda a Luis González para que me presente en sociedad, en la sociedad de la historia y los historiadores y, sobre todo, en la de los lectores.

En efecto, bastará con aludir a otros pocos ejemplos de la formidable actividad creadora de Luis González y González: en el aspecto biológico, es padre de seis hijos, el primero de ellos nacido en el mismo año de 1956, en que vio la luz su tesis de Maestro en Historia. El 13 de julio del año anterior se había casado con Armida de la Vara, investigadora también, a quien quizá habrá conocido en un Congreso como el de Guanajuato en 1950 o en la Junta de Investigaciones Históricas, donde se forjaron otros matrimonios: uno de ellos el de Ernesto de la Torre y Esperanza Yarza. En cuanto al mundo de su especialidad, ha procreado Luis tantos hijos que, como en el caso del padre fray Jerónimo de Mendieta, estudiado por él, no han sido menos de cuarenta artículos como *El agrarismo liberal y La sociedad jalisciense en vísperas de la Reforma* aparecen —muy enjundiosos— en 1958 y 1959 y desde dos días antes de 1961, hasta el 10 de marzo de 1962, surgen los tres monumentales volúmenes de *Fuentes de la historia contemporánea de México*, vastísima bibliografía trabajada en colaboración con Guadalupe Monroy, Luis Muro y Susana Uribe desde julio de 1956, bajo su coordinación, y que lleva al frente una introducción de 62 páginas en que traza las siluetas de los más importantes bibliógrafos y la historia de sus realizaciones con tanta amplitud y acierto, que no es empresa fácil de superar. Este inventario —aunque limitado a libros y folletos, puesto que de periódicos y revistas se ocupan los dos volúmenes similares que dirigió Stanley Ross— es un arsenal de consulta indispensable para el estudio de la época que se inicia en 1910.

En el mismo año en que vio la luz el tercer tomo de esas “Fuentes”, apareció el sustancioso artículo “Humboldt y la Revolución de Independencia” cuyo contenido está muy ligado al de la introducción que precede a la acertada compilación de documentos de “El Congreso de Anáhuac”, impreso en 1963. Tanto en un trabajo como en el otro, Luis sigue el enfoque histórico-sociológico de las generaciones propugnado por Ortega y —con aplicación a México— por quien esto escribe, quien, precisamente por invitación de González y González, entonces secretario, junto con Berta Ulloa, de la Socie-

dad Mexicana de Historia, dio en agosto de 1953, en El Colegio de México una plática acerca de “Las generaciones en la historia de México”, y brevemente aludió a esto mismo al fin de “Historia de México: una síntesis”, obra escrita en colaboración con Alfonso García Ruiz e impresa en 1962. Luis reconoce esta aportación de quien hoy le da la bienvenida en su “Ensayo sobre los límites cronológicos de la época contemporánea en Hispanoamérica”, incluido en los *Calhiers d’Histoire Mondiale* de 1964. En este año, también ve la luz “La expansión de Nueva España en el Lejano Oriente”, y es que en él ha viajado de abril a junio, como delegado de la Secretaría de Relaciones y en compañía de su fiel Armida, por Japón, Hong Kong, Filipinas, Indonesia, Malasia, Siam, India, Egipto, Israel, Siria, Líbano, Grecia e Italia. Y ya que aludo a viajes, debo recordar que en 1960, auspiciado por la Fundación Rockefeller, visitó España, Italia, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica y Dinamarca, Rusia, Finlandia, Suecia e Inglaterra, durante los meses de junio, julio y agosto. Y en 1966, patrocinado por El Colegio de México, recorrió poblaciones de Nuevo México y del occidente de Texas, y en otras ocasiones ha estado en otros lugares de Estados Unidos, y de Perú, Chile, Argentina y Uruguay.

Desde temprana edad, nuestro nuevo académico empezó a recorrer todo el mundo y de esa experiencia parece haber vuelto añorante de su “matria”, San José de Gracia, y ahora definitivamente enamorado de la microhistoria. El gran viraje ocurre en 1967, su año sabático. Y de él resulta su obra más acabada —*Pueblo en vilo*, impresa en 1968, que le mereció el premio Haring— donde se aúnan los enfoques del etnohistoriador, el etnógrafo, el sociólogo, y el novelista, se inventan métodos nuevos, haciendo amplio uso de la entrevista y, por tanto, de la historia oral, y se emplea un lenguaje informal pero preciso y ameno que convierte a ese libro en bien lograda creación literaria.

Y es por todo esto y muchísimo más que se queda en el tintero, por lo que esta Academia ha llamado a don Luis González y González a ocupar el sillón vacante por la desaparición del maestro de la

Historia del Arte Colonial y de la Microhistoria, el doctor Francisco de la Maza. Y es muy grato para mí ser el portavoz de esta Institución para recibir con los brazos abiertos a un amigo ejemplar, a un hombre modesto a pesar de sus triunfos, a un valor auténtico, joven aún como Miguel León Portilla, y como él, maestro de tanta sabiduría dentro de las Ciencias del Hombre, para gloria de México.